

Charla con el poeta Antonio Mediz Bolio*

José Tiquet

Mérida, Yuc., enero de 1957. —Después de cinco horas de vuelo —tiempo estirado en el aire— debido a las muchas escalas que hace el tetramotor de la Mexicana de Aviación, llega uno a la ciudad blanca casi sordo por el ruido de los motores, aunque eso sí, con los ojos bien abiertos para no perder detalle de nada, pues Mérida, "la ciudad donde hay yucatecos por montones" (aquí, cualquier visitante, venga de donde venga, se le considera extranjero), es la capital más hermosa e importante de todo el Sureste. Ciudad prodigiosa, donde cada calle, cada esquina, guarda una leyenda.

Lo primero que llama la atención es su aeropuerto. Un reportero del *Diario del Sureste*, periódico oficial que dirige el poeta Clemente López Trujillo, "el venado", al entrevistarnos, nos dijo:

—Mérida, lindo hermoso, es una ciudad que nos pertenece toda, ¿lo oye?, porque nadie nos ayudó con nada para hacerla.

En efecto, ni el centro del país ni nadie, puso algo de su parte para levantar esta bella ciudad. De ahí el localismo tan marcado de sus habitantes. Localismo justificado y también muy hermoso.

Luego, cuando entra uno a las calles de Mérida, ¡mare!, qué brillantes y relucientes, como espejos, el piso de sus anchas avenidas. "Yo creo que estos yucatecos riegan adrede manteca por las calles", comentó la pelirroja Hebe Gil, la joven periodista que me acompaña, pues el brillo de las calles es tal, que casi le doy la razón a mi amiga.

Ya instalados en el hotel, ciertamente un lindo hotel, llamado "Colón", mejor conocido como "el hotel de los ministros", ya que en él se hospedan los personajes de la política, a la linda Hebe se le ocurrió decir que "el menú es todo menos comida", quizá por los pocos platillos, pero que la excelencia de ellos es única, ya que la cocina yucateca, tan variada, tiene fama en toda la República.

Antonio Mediz Bolio (1884-1957). Abogado, poeta, periodista, político y, sobre todo, mayista. Figura mayor de la literatura yucateca del siglo XX, es creador, junto con Rosado, Mimenza y Abreu, de los símbolos literarios sobre la identidad yucateca que se establecieron en el imaginario colectivo durante el siglo XX. Autor de varias decenas de libros. Ésta es quizás la última de sus entrevistas antes de morir.

* Entrevista publicada en *El Universal*, el 27 de enero de 1957.



—He aquí la tierra del faisán y del venado —dijo Hebe entornando sus grandes ojos azules.

—Donde el que no corre vuela —agregué.

Y el primer día en Mérida, comimos filetes de venado y por la noche un riquísimo faisán al horno.

Pero en la tierra del faisán y del venado, cuya definición poética pertenece a uno de los grandes poetas yucatecos, don Antonio Mediz Bolio, académico de número y actual senador de la República, Hebe y yo acordamos visitar al maestro y excelente amigo. El "Venadito" López Trujillo nos proporcionó un fotógrafo del diario que dirige, y en media hora nos pusimos en "Ochil", nombre maya que traducido al español quiere decir "paraje del zorro", y que así se llama la casa donde el poeta Mediz Bolio nació y donde actualmente el escritor peninsular sigue pensando en maya y escribiendo en español.

Ochil es una preciosa quinta cuya casona de estructuración antigua está rodeada de árboles. Cuando llegamos ya era de noche, cosa que nos impidió conocer sus alrededores, pero el maestro nos hizo saber que hay una enorme ceiba a cuya sombra él pasa las horas, recordando dulcemente toda su infancia.

Antonio Mediz Bolio es el tipo exacto del yucateco. Por su rostro asoma toda una raza: la formidable raza maya. Una nariz encorvada,



ancha frente y ojos penetrantes, es toda la imagen facial del poeta. A pesar de sus años, Mediz Bolio mantiene en alto su recia figura. Una alegría lo inunda totalmente. Sonriente, con sencillez, el hombre nos recibe. Y comienza la charla. A medida que nos va platicando de todo un poco, observamos sus movimientos. Éstos son pausados, lentos. Sus manos hacen una parte de la conversación, suben cuando las palabras indican algo celeste, forman un círculo en el aire cuando el poeta habla de su propia poesía; a veces como que quieren tocar algo invisible, si don Antonio platica de sus primeros balbuceos literarios, y cuando nos cuenta de sus viajes, de sus aventuras, lo hace con tal emotividad que uno sale del tiempo para situarse en un pasado maravilloso. Luego sus manos caen, quedando un rato inmóviles; es cuando el escritor ha llegado al presente.

—¿Qué obra suya es la más leída? —preguntamos.

—Sin duda —nos responde— *La tierra del faisán y del venado*, que se ha editado varias veces y en varios idiomas... mire, por ejemplo, esta preciosa edición en inglés, esta otra en italiano... La edición en inglés trae dibujos de Diego, y esta edición quedó agotada, acaso por las bellas concepciones de Rivera...

—Usted, maestro, es demasiado modesto.

—De ninguna manera, mi querido poeta. Es decir la verdad...

—*Chilam Balam* es otro de sus magníficos libros...

—Yo no hice otra cosa que traerlo del maya al español: Mire usted, aquí tiene fotografías del original en maya, es la palabra de mi raza, traducida por mí al español hasta donde me fue posible.

(El poeta Mediz Bolio nos va mostrando su extensa biblioteca. En ella hay una sección de obras que hablan exclusivamente de Yucatán, especialmente de su gran cultura maya la que todavía sigue asombrando al mundo, a los hombres de ciencia, a los artistas. Su mesa de trabajo casi no se ve por la cantidad de libros que hay sobre ella. Libros recientes de todas partes, con dedicatorias admirativas. Un retrato de Amado Nervo nos llama la atención. Y el maestro nos cuenta:)

—El pintor, un joven español, no conocía a Nervo. Un grupo de amigos, mexicanos y españoles, cuando estaba yo en misión diplomática en España, quisimos hacer un homenaje a Nervo, y pensamos que alguien podría hacer el retrato del poeta. El pintor escuchó nuestro proyecto, y pocos días después se nos presentó con la obra. El retrato era exacto. Y asombrados le preguntamos cómo le había hecho sin conocer a Nervo. Y él nos respondió: "lo vi, eso es todo". Observe usted qué maravilla de retrato: la mirada



triste, ida, y el rostro como emergiendo de la sombra o hundiéndose en ella, pues el mentón se diluye, es algo que quiere y no quiere ser. ¿Verdad que es interesante?

(En la sala hay otros retratos. Uno de ellos es el de una mujer morena, bellísima. A preguntas nuestras, el poeta nos dice que es el retrato de su señora.)

—Maestro, ¿qué movimiento literario joven existe hoy en Yucatán?

(Antonio Mediz Bolio se ensombrece. La pregunta, así de pronto, causa en él un efecto inusitado, sorpresivo. A los dos minutos, el poeta se recupera, nos mira fijamente y otra vez sonriente nos dice:)

—Qué diera yo por decirle que Yucatán tiene un movimiento intensamente literario. Hay, ciertamente, un grupo de jóvenes valiosos, pero reducido. Juan Duch es un joven poeta que vale mucho y creo llegará lejos. Leopoldo Peniche es un dramaturgo de muy buena calidad; crítico y, en general, un excelente, buen literato...

—¿Y Clemente López Trujillo?

—Clemente... mi querido Clemente, ya es todo un señor poeta. Magaloni y López Trujillo, creo yo, son hoy en día las voces poéticas de Yucatán mejor logradas.

—Su militancia dentro de la política, ¿no ha perjudicado su carrera literaria?

—En lo absoluto. Siempre me he dado tiempo para mis libros, y la política, de ninguna manera, ha absorbido mi dedicación a las letras. Una y otra cosa tienen derroteros diferentes. Ahora, claro está, no he escrito algo que valga la pena, pero se debe a un proceso de descanso. Acabo de publicar, en Ediciones Botas, un libro que es la recopilación de notas y artículos. Aquí lo tiene. Como usted ve, su título es *A la sombra de mi ceiba*, relatos fáciles, testimonios de hechos o apreciaciones sobre asuntos que considero pueden en algún modo interesar al público. La mayor parte de estos escritos han sido publicados en diarios o revistas, y a instancias de amigos fieles los he seleccionado, esperando para ellos y para mí la benevolencia de los lectores...

(El poeta toma dos ejemplares de *A la sombra de mi ceiba* y nos los dedica, uno a Hebe y otro a mí. Cuando pregunta a mi compañera si el nombre Hebe Gil es auténtico o se trata de un pseudónimo, el maestro, una vez informado por la guapa pelirroja de que su nombre es el verdadero, dice: "Pues sencillamente es lindísimo". Y el fotógrafo que está pendiente de la mejor ocasión, hace funcionar su cámara en el instante mismo en que el poeta hacía los elogios a la joven periodista.)



—No dejen de ir a las ruinas —nos aconseja don Antonio.

Naturalmente que visitar a Yucatán, sin ver las ruinas de Chichén-Itzá y Uxmal, es tanto como no saber para qué sirven los ojos. Y es una de las cosas, entre otras, de gran importancia que nos hicieron venir aquí. Le digo al maestro que aparte de esas maravillosas expresiones de la cultura maya, hay también otras ruinas.

—¿Cuáles —pregunta el poeta.

—El henequén —contestamos.

—Ah, vamos —exclama Mediz Bolio— ¿han leído ustedes ese libro tan pesimista de Benítez? Creo que lo informaron mal, sin duda alguna. Lo que Fernando dice en su libro no es verdad. ¡Cuánto lamento que un escritor de su talla falle ahora en todo y por todo con el más reciente de sus libros!

(Le aclaramos a don Antonio que para venir a Yucatán no se necesita la lectura de un libro, y menos el de Benítez. El maestro suelta una sonora carcajada. Cinco minutos más de charla sobre asuntos comunes, y ya entrada la noche, Hebe y yo regresamos a la ciudad, a la pulcra y brillante Mérida, donde, a eso de las once, nos subimos a una "calesa" —coches de tracción animal— en el que paso a pasito recorreremos la señorial avenida del paseo Montejo.)